

ESPAÑA 1950-2025
DE FOTOGRAFÍA, MEMORIA Y PAISAJE

TODO DEJA HUELLA

MARÍA BOLAÑOS

Profesora titular de Historia
del Arte de la Universidad de
Valladolid, ex directora del Museo
Nacional de Escultura y comisaria
de la exposición

La exposición digital «Todo deja huella» recorre, a través de la fotografía, 75 años de relación entre memoria, paisaje e historia en España, revelando cómo el territorio conserva, a veces en silencio, las marcas de lo vivido y lo olvidado.



Página anterior: *Naturaleza muerta con curry*, 1999 © Manuel Vilariño

El paisaje es un archivo: conserva huellas visibles e invisibles de la historia colectiva



Cospedriños, 2011© Cristóbal Hara

Todo deja huella es el título de la exposición digital que se presentó en las últimas semanas de 2025, enmarcada en la celebración de «España en libertad. 50 años». Su subtítulo, «De fotografía, memoria y paisaje. España 1950-2025», explicita más concretamente el sentido y los contenidos de esta iniciativa: presentar la relación entre la historia de nuestro país y el medio natural, en las fechas señaladas, a través del arte de la fotografía.

Trata, por tanto, de los vestigios, de las huellas de tiempos pasados, más remotos o más cercanos, que permanecen en el medio natural; de las señales dejadas en el paisaje por nombres, por acontecimientos, por modos de vida, y que se conservan, más o menos invisibles, como indicios, como fragmentos, como cicatrices. Los grandes fotógrafos convocados aquí, cada uno a su modo, han puesto su mirada, el objetivo de su cámara, en esos rastros que se revelan a veces solo silenciosamente, en tono menor. No fotografiaron grandes monumentos, ni gestas históricas, sino las marcas y señales que, como sencillas presencias solo sugeridas, escondidas, pero cercanas y casi táctiles, nos invitan a traer el tiempo anterior a nuestro presente y nos inducen a reflexio-

nar sobre el paso del tiempo, sobre lo ya sucedido y su trazo en la memoria. Pues, «la huella, como advertía Walter Benjamin, es un material donde construir el pasado y donde actualizarlo».

Hemos elegido el arte fotográfico por ser, de entre todas las disciplinas artísticas, el medio más idóneo, más fiel, más convincente, para mostrar esa condición histórica, narrativa, cultural del paisaje. No solo lo que contemplamos a golpe de vista y de excursión, sino todo aquello que, formando parte de esa realidad exterior, sin embargo, no vemos; aquello que existe o ha existido, sus cambios, metamorfosis y evoluciones, sus mensajes subyacentes, sus recuerdos borrados. Pues la fotografía es el medio que mejor conserva la intensidad del tiempo duradero, además de estar cargada de contenidos emocionales.

Pero es que, además, la fotografía tiene una particular aptitud para ahondar en eso que llamamos realidad exterior, naturaleza o 'paisaje'. No se limita a registrar los datos objetivos, al contrario: ha demostrado, paradójicamente, su capacidad para hacernos dudar de su objetividad. Son los fotógrafos quienes nos han ido enseñando desde décadas que 'lo real' no existe en cuanto tal; que solo hay formas de mirar. Que el espa-



Máquina de Duro Felguera, nº 12, Langreo, Asturias, 1951 © Valentín Vega

No existe un paisaje «objetivo», toda imagen es una forma de mirar y de construir memoria

cio, el paisaje, la vida exterior, lejos de ser unas entidades físicas, eternas y ahistóricas, son construcciones culturales, dinámicas, cargadas de significados, de identidades, de valores, y siempre condicionadas por la interacción con los hombres. Contrastemos, por ejemplo, las fotografías de la serie *España, castillos y alcázares* (1956), de José Ortiz Echagüe, el gran maestro del pictorialismo español, cuyas imponentes fortalezas, peñascos rocosos y cielos tormentosos traducen una visión retórica y altisonante del paisaje español, con los vastos y desolados páramos, de inocente belleza y desnudos de significación, captados, ya en nuestro siglo, por Ana Teresa Ortega, cargados también de un dramatismo deliberadamente borrado: los territorios concentracionarios de la Guerra y la Posguerra civil, donde la barbarie de los vencedores ha quedado olvidada, y de la que Ortega nos habla con elocuente silencio.

Pero, habría que señalar, antes de proseguir esta presentación, una advertencia importante acerca de la evolución seguida por el medio fotográfico en relación con la temática paisajística. Pues mientras que los maestros de la primera modernidad española, los que realizaron su obra durante las décadas de 1950 y 1960, apenas posaron su mirada en la naturaleza y el paisaje como tales -seguramente urgidos por una realidad social apremiante, que les indujo a dedicar sus esfuerzos a retratar la vida de los españoles, sus penurias y privaciones, sus oficios, su ocio, su vida en la calle, el control moral-. En cambio, las generaciones más recientes de fotógrafos, las del tránsito del siglo XX al XXI, enérgicas y entusiastas, muy plurales y creativas, han hecho del tema natural un motivo central de reflexión visual y también, casi diríamos, filosófica, en consonancia, como

es lógico, con las preocupaciones ecológicas, naturalistas y ambientales que han venido ganando terreno aceleradamente desde los años 70, pero llevándolas a una visión personal, llena de originalidad y variedad.

Memoria y paisaje social

Es por esta razón por la que este proyecto está partido en dos grandes secciones cronológicamente sucesivas, cada una de las cuales agrupa a una docena de fotógrafos españoles, con algunas de sus imágenes más distinguidas. En cada una, además, se han añadido, en forma de mirada complementaria, enlaces a documentos, filmaciones, obras de arte o textos de otros creadores o actores de la época, de modo que los lenguajes del cine, de la prosa, del documental y de las artes plásticas amplían la imagen fija de la fotografía. La primera de las dos partes, titulada *Paisaje para después de una guerra*, reúne a la generación de fotógrafos de los años 50, hombres y mujeres, que trabajaron extra-muros de la oficialidad y ofrecieron en un lenguaje muy directo una imagen frágil y verdadera de la sociedad española, de la España gris y opresiva de la Dictadura. A ellos hemos sumado algunos fotógrafos



Barcelona, S/F © Francisco Ontañón

La explosión fotográfica fue uno de los signos de identidad de la cultura de la Transición

actuales, que, interesados por rescatar huellas del pasado, han vuelto sus ojos hacia aquel 'entonces' en pos de hechos y episodios silenciados u olvidados. Encontramos aquí distintos lenguajes y perspectivas: la documentación o la denuncia, como se muestra en la obra de Colita, Francesc Catalá Roca o Gregorio Ontañón, o más recientemente Manuel Laguillo y Ricardo González; la experimentación estética, que inspira el trabajo de artistas tan distintos como Paco Gómez y el más vanguardista Kindel; o bien el trabajo ambulante y amateur, tal como lo practicaron Valentín Vega y Piedad Isla. Las fotografías seleccionadas, a pesar del protagonismo de lo humano, nos dejan ver, como telón de fondo, los sórdidos solares y descampados suburbanos de Madrid o Barcelona, retratados por Francesc Catalá Roca, Paco Gómez o Francisco Ontañón -también filmados por Carlos Saura y Víctor

Erice-. Otras veces, lo que vemos en el segundo plano es la colosal especulación inmobiliaria nacida al amparo de las necesidades del aluvión de inmigrantes -que, llegados del campo, buscaban desesperadamente un lugar donde empezar una vida nueva-; o bien, la adulteración del paisaje costero por saturación constructiva en las playas para dar satisfacción a las avalanchas de turistas extranjeros, que Xavier Miserachs plasmó en su serie Costa Brava Show, presentada como un festín de sol, playas y chicas en biquini, que producía en el país una falsa ilusión de normalidad y modernidad. Son todas ellas imágenes del pasado, pero aún hoy nos siguen conmoviendo, porque las sentimos cercanas y aún vivas, y porque nos hablan de un tiempo solo en parte concluido, pues, como decía Enrique Vila-Matas, reconocemos en ellas «el camino recorrido para llegar a este 'ahora' en el que las contemplamos».

Todas las formas de decir paisaje

La segunda sección pertenece más a nuestro presente y se nos ofrece con otro tipo de atractivo. Desde comienzos de los ochenta, superadas ya las censuras y marginaciones impuestas por el franquismo, emergió una nueva generación de fotógrafos («fotográficamente huérfana», decía Joan Fontcuberta), pero enérgica y entusiasta, altamente imaginativa, muy nutrida y plural en ideas, fruto de un contexto de libertad expresiva, «oxigenación» cultural y otra amplitud de miras. Podría decirse con justicia que la explosión fotográfica fue uno de los signos de identidad de la cultura de la Transición —y sigue siéndolo en el siglo XXI—. La creación de los Premios Nacionales de Fotografía en 1994, otorgados por el Ministerio de Cultura, vino a respaldar oficialmente esta práctica como un arte que, con pleno derecho, contribuía a la riqueza del patrimonio cultural de nuestro país, en el mismo rango que la pintura o la poesía. Esta generación de fotógrafos tiene otra formación y otras miras: conoce de primera mano las vanguardias internacionales, está presente en colecciones y museos de todo el mundo, y, de manera muy significativa, ha hecho del protagonismo femenino uno de sus rasgos de modernidad más significativos. Es una



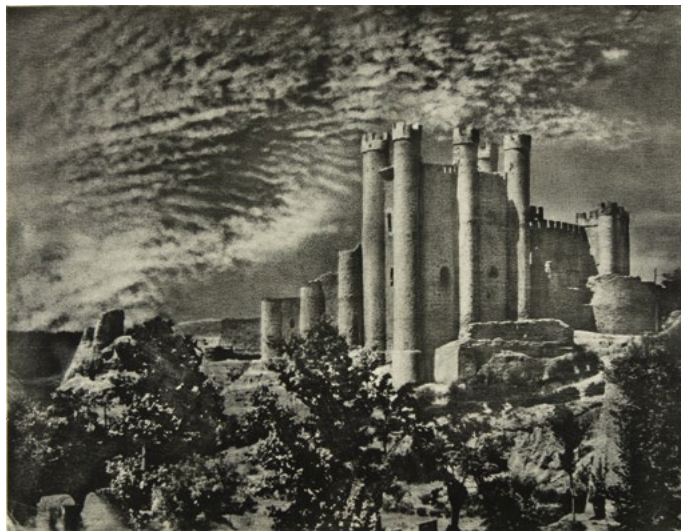
Gitanilla, 1950 © Francesc Catalá Roca

Una escena mínima y cotidiana que acabó por convertirse en un documento profundo sobre la España de posguerra. No hay épica ni monumento: solo un cuerpo joven, una mirada esquiva y un entorno que habla en voz baja. Como ocurre a lo largo de *Todo deja huella*, la fotografía no describe únicamente lo visible, sino que deja aflorar las marcas sociales, culturales y morales inscritas en el paisaje humano. La imagen funciona así como una huella silenciosa del tiempo vivido y de aquello que quedó al margen del relato oficial. Una memoria frágil, pero persistente, que sigue interpelándonos desde el presente



Canal del Bajo Guadalquivir, San José de la Rinconada (Sevilla), 1940-1962. Construcciones Servicio de Colonias Penitenciarias militarizadas (SCPM). Tomás Valiente García, Construcciones Civiles y Militares, Construcciones y proyectos S.A., Construcciones Ciga, Constructora Ezcurra, S.A., 2007-2019 © Ana Teresa Ortega

Cuando ponen la cámara ante la naturaleza, estos artistas no solo documentan o ilustran la vida natural, sino que la imaginan, la reinventan



Valencia de Don Juan. León, 1943 © José Ortiz Echagüe

fotografía altamente elaborada, muy personal, muy «de autor».

Por contraste con la generación de la primera sección, el género del paisaje ocupa un lugar central en la producción de estos fotógrafos contemporáneos, conscientes de hasta qué punto el placer y la admiración que sentimos ante la Naturaleza -así como la inquietud por su futuro-, se han convertido en un eje de nuestra experiencia individual y nuestra vida colectiva. Los aquí seleccionados son una muestra representativa, con todas sus insuficiencias y lagunas, de ese alto nivel de los fotógrafos españoles del presente y de su relevancia, en cuanto a belleza, riqueza conceptual, modernidad estética y refinamiento técnico, aunque aquí el término fotógrafo debe de entenderse en un amplio sentido artístico y en un nuevo marco interpretativo.

No podemos por menos de sentir asombro ante su capacidad para explorar, en toda su complejidad y con infinitos matices, las relaciones del hombre con el medio natural. Ninguno de ellos se deja arrastrar por el convencionalismo romántico, por la cursilería de lo pintoresco o por la idea de belleza natural. Su horizonte visual es extraordinariamente amplio: planos pa-



Los viajes extraordinarios, 2025 © Joan Fontcuberta



Cañete, 1, 1994 © Bleda y Rosa

La fotografía es el medio más idóneo, más fiel, más convincente, para mostrar esa condición histórica, narrativa, cultural del paisaje



Castillos de Castilla, 2004 © Mireia Sentís

norámicos, fantasías sobre lo vegetal, habitantes del bosque, experimentos con la materia terrestre, escenarios olvidados, degradados o silenciados, ironías sobre el paraíso perdido o grandes catástrofes naturales. Eso es lo que nos ofrecen los hipercromáticos paisajes sublimes y 'disneyficados', de José Ramón Ais; las orillas de autopistas convertidas en merendero, de Xavier Ribas; los frágiles y viejos glaciares fragmentados, de Javier Vallhonrat; los pájaros multicolores encordados sobre un lecho de curry, de Manuel Vilariño; las incongruencias herbarias, de Joan Fontcuberta; los vertiginosos océanos que se tragan palacios y bibliotecas barrocos, de Pablo Genovés; los humildes campos de fútbol abandonados en medio de la nada,

de Bleda y Rosa; las fortalezas eléctricas que puntúan los páramos castellanos, de Mireia Sentís; las ruinas de los invernaderos almerienses con sus bambalinas rotas, de Montserrat Soto; las representaciones casi 'leonardescas' de las tierras raras, de Rosell Meseguer; la violencia y la soledad del mundo animal que retrata Cristóbal Hara; y, finalmente, las ironías de Perejaume sobre nuestro empeño en 'musealizar' y enmarcar el paisaje para verlo embellecidamente. Cuando ponen la cámara ante la naturaleza, estos artistas no solo documentan o ilustran la vida natural, sino que la imaginan, la reinventan, filosofan sobre ella, e interpretan y hacen visible lo invisible. Nada es como esperamos que sea; ni como ya lo hemos visto anteriormente.